

Tema: Medio ambiente, arte...

Desarrollo sostenible y poesía

Mgtr. Aldo Parfeniuk
Facultad de Lenguas- UNC

RESUMEN

En la ponencia presentada en las **1ras. Jornadas de Ecolenguas** se hacía referencia a algunos aspectos comunes a la *ecología* y el *lenguaje* (verbal). En esta ocasión, y en base a nueva bibliografía y renovadas investigaciones, se procura avanzar más detalladamente sobre la cuestión, profundizando aseveraciones allí formuladas y ofreciendo nuevas pruebas de analogías entre uno y otro término; efectuando, al mismo tiempo, algunos análisis, tanto de rasgos comunes cuanto de ciertas diferencias. Conceptos como el de *desarrollo sostenible* (en *ecología*), y prácticas como la de la *poesía* (en *lenguaje*) permiten establecer comparaciones fructíferas a la hora de reflexionar sobre algunas de las diversas relaciones que plantea el tema-objeto de las **Jornadas**. En muchos casos se advierte que, hablando de *desarrollo sostenible*, y aún cuando se trata de una noción potencialmente dirigida a resaltar los límites y consecuencias de un productivismo y consumismo descontrolados, ciertos discursos que usan el concepto argumentalmente se han encargado no sólo de desactivar potencialidades y aspectos conflictivos, sino de utilizar los discursos como pantallas de prácticas abusivas. En el caso de la *poesía*, en muchos de los ejemplos actuales, se advierte que lejos de funcionar como un sistema *autosustentable* (según pareciera serlo en una primera aproximación), y de cuestionar excesos y patologías de lo establecido, cobra cuerpo la figura de una práctica social neutra e inoperante, sin capacidad crítica ni verdadera fuerza *poiética*.

ABSTRACT

In the communication presented/displayed in **1ras. Days of Ecolenguas** reference to some common aspects became to *ecology* and *language* (verbal). In this occasion, and on the basis of new bibliography and renewed investigations, it is tried to more in detail advance on the question, deepening formulated aseveraciones there and offering new tests of analogies between both term; carrying out, at the same time, some analyses, as much of common characteristics whatever of certain differences. Concepts like the one of *sustainable development* (in *ecology*), and practices like the one of *poetry* (in *language*) they allow to establish fruitful comparisons at the time of reflecting on some of the diverse relations that the subject-object raises of **Days**. In many cases one notices that, speaking of *sustainable development*, and even though one is a notion potentially directed to emphasize the limits and consequences of an uncontrolled productivismo and consumption, certain speeches that use the concept argumentalmente have been in charge not only to deactivate conflicting potentialities and aspects, but to use the speeches like screens of abusive practices. In the case of *poetry*, in many of the present examples, one notices that far from working like a system *autosustentable* (according to it seemed to be it in one first approach), and to question excesses and pathologies of the established thing, the figure receives body of a neutral and inoperative social practice, without critical capacity nor true force *poiética*.

Palabras claves: desarrollo sostenible- poesía- crítica- analogías-diferencias- poiesis.

Ya nada es poesía porque todo es poesía – (Jean Baudrillard)
(¿Ya nada es ecología porque todo es ecología?)

Al conocido aforismo de J. Baudrillard sobre la poesía, cabría parafrasearlo, para preguntarse lo mismo pero con relación a la ecología (en *La transparencia del mal* Baudrillard lo hace pero con relación a la belleza, el sexo o la economía...)
En buena medida, la razón de ser de esta ponencia se da a partir de lo que sugiere la analogía propuesta.

Cada vez con mayor frecuencia se advierte que al hablar de *desarrollo sostenible*, y aún cuando se trata de una noción potencialmente dirigida a resaltar los límites y consecuencias de un productivismo y consumismo descontrolados, ciertos discursos que usan el concepto argumentalmente, lo que hacen no sólo es desactivar potencialidades y aspectos conflictivos, sino utilizar tales discursos como pantallas que, en realidad, disimulan prácticas abusivas. En el caso de la *poesía* -por hablar de algo que acontece en la esfera del *lenguaje*- en muchos de los ejemplos actuales, lejos de cumplirse las funciones de un sistema *autosustentable* (según pareciera serlo en una primera aproximación, y acerca de lo cual la *ecocrítica* ha dicho y hecho bastante) sucede todo lo contrario. Lejos de aquella honorable tradición en la que aparece cuestionando excesos y patologías de lo establecido, al tiempo que explorando nuevos horizontes verbales, con un ojo puesto en la eficacia y el otro en la economía, cada vez cobra cuerpo con mayor firmeza la figura de una práctica socio-lingüística neutra e inoperante, sin capacidad crítica ni verdadera fuerza *poética*.

I- Diversidad y sostenibilidad

Sobre la pertinencia del préstamo retórico-cognitivo entre ecología y poesía, cabe recordar de qué modo la terminología propia de lo ambiental ha permitido, hasta ahora, no sólo llamar la atención sino describir satisfactoriamente muchos de los desequilibrios lingüísticos que se dan en el mundo a nivel idiomático. Hace unos días una operadora técnica de la Facultad de Lenguas que me explicaba el pasaje de mi aula virtual de la plataforma *e-educativa* a *moodle*, me hablaba en términos de *migraciones*, *relaciones amigables* y *entornos dóciles*. D. Crystal (2004), por dar un ejemplo diferente, describe (y pronostica) de qué manera el predominio global del inglés sobre un gran número de idiomas y dialectos minoritarios puede ser tan malo para la *biodiversidad lingüística* (y por ende cultural) de la cual el mismo inglés participa, como la *sojización* agraria para la biodiversidad biológica. Asimismo, en la citada obra de Crystal, el prologuista E. Bernárdez aporta varios ejemplos que advierten sobre la necesidad de proteger a las lenguas en extinción. Aunque suene anecdótico, allí refiere un hecho revelador: recuerda la conducta de los indígenas de las islas de Andamán ante un tsunami que jamás habían experimentado directamente: “Según parece, sus tradiciones mítico-legendarias contenían información sobre la conducta a seguir si el mar se retiraba más atrás de lo habitual: correr a los lugares más elevados del centro de las islas” (Crystal LX). Efectivamente: la desaparición de lenguas conlleva la desaparición de experiencias humanas, la desaparición de culturas enteras; lo mismo que sucede en el reino animal con relación a las especies.

Pero en el presente trabajo se pretende avanzar un paso más allá de lo lingüístico-idiomático, acerca de lo cual es fácil, ya, encontrar multitud de ejemplos. Aquí se tratará de aplicar el modelo metafórico-descriptivo al universo de los géneros literarios (novela, ensayo, texto científico, poesía...), proponiendo a la ecología como paradigma lingüístico-literario.

Así como *diversidad* y *sostenibilidad* son dos conceptos básicos, útiles para explicar el equilibrio ambiental, desde hace un tiempo esos vocablos comenzaron a utilizarse para explicar,

por ejemplo, el desarrollo individual de las lenguas minoritarias, según, en parte, ya se dijo. Se sabe que la idea de sostenibilidad, en ecología, se basa en la diversidad y la revitalización, funcionando, analógicamente, con el entorno natural y los ecosistemas.

Al igual que en un ecosistema, la convivencia multilingüe puede quedar expuesta a tensiones y desigualdades que pongan en riesgo su sostenibilidad. Las instituciones estatales e internacionales y sus políticas juegan un papel clave para asegurar un contexto equitativo que favorezca la sostenibilidad de las lenguas.

Sin embargo, las cosas no son como parecen (y dicen) ser. La *institucionalización* y la *normativización* del ecologismo, tal como se va instalando a través de los discursos públicos (es decir, su naturalización social) transformaron sus potencialidades críticas (las de diversidad y sostenibilidad) en formas vacías, desprovistas de toda eficacia.

La antropología cultural, en una tarea cuyo objetivo principal es interpretar lo natural en tanto cultural, no puede dejar de involucrarse y de analizar el tema.

Volviendo a la poesía. Ante los grandes predadores del lenguaje: los políticos, los publicistas, la tecnología informática y la mayoría de los medios masivos; a lo cual últimamente se le han sumado los fabricantes de best sellers y algunos ambientalistas gurúes o apocalípticos (todos los cuales forman parte de lo que ya es usual denominar “las industrias del lenguaje”.), solamente ella, la poesía, tendría posibilidades de mantenerse como la principal reserva sustentable del lenguaje. En razón de su intransigencia ante las demandas del mercado -por hablar de una de las principales causas actuales de predación lingüística-, y de su búsqueda permanente de recursos expresivos, debería conseguir, como ningún otro género y/o uso, que el lenguaje se mantenga fresco, vivo y apto para desarrollar, en su productividad, sus infinitas potencialidades; esto al menos es lo que en buena medida siempre hemos entendido como actividad *poiética*.

Sin embargo, y de modo parecido a lo que sucede con el tan preconizado *desarrollo sostenible*, que es transgredido permanentemente por quienes lo publicitan como si lo practicaran, una gran parte de la producción poética actual, repite el mismo modelo sin producir ninguno de los efectos esperables. No hacen falta sesudas investigaciones para comprobar de qué modo un sinnúmero de publicaciones, montadas sobre distintos soportes, exhiben, por ejemplo, una falta de trabajo tal para con el lenguaje, que muy lejos están -esas producciones- de reunir las condiciones mínimas que les permitieran ser consideradas *poesía*; al menos con relación a las condiciones requeridas señaladas. Cabalmente, no resultan ser otra cosa que residuo verbal: resultado inevitable de un continuo vaciamiento de palabras -principalmente vía recurrencia de lugares comunes- que agotan al lenguaje, hasta tornarlo inservible¹. Pero el “querer ser poeta a cualquier precio” también ocasiona polución en otros niveles, más complejos, de (in)formación intelectual. La confección de artefactos verbales sofisticados, que por el sólo hecho de ser tales se arrogan el derecho al ingreso a algún imaginario Reino de la Poesía, (que no es más que una estructura de poder para obtener beneficios de distinción) contaminan con otros elementos, con materiales pesados. Produciendo para nichos “posglobales”, “de pensamiento”, “posclásicos”, “neobarrocos”, “neobjetivistas”, etcétera, como quien produce insumos para la ingeniería transgénica, la industria del plasma o la telefonía móvil, generan entropía más durable que la de los ingenuos y mal informados (esos que no leen las últimas revistas de poesía o no estudian letras en alguna Facultad) Para mostrarnos un contraejemplo de los hiperinformados, el poeta y crítico Rodolfo Edwards celebraba recientemente, en una revista de divulgación cultural², la publicación de la *Poesía completa* del poeta sanjuanino Jorge Leónidas Escudero. Allí habla de

¹ Cualquiera puede verificar la inflación verbalista, por ejemplo, ingresando a Internet. Una situación más limitada en lo geográfico -pero que seguramente se repite en muchas universidades- es la que se verifica actualmente en los organismos encargados de evaluar y aceptar proyectos de investigación en cantidades que aumentan significativamente de año en año, pero cuyas aplicaciones o transferencias son ínfimas.

² Edwards, R. “Enunciar desde el limbo”. Revista Ñ, Bs. As., 31/12/2011. p.10

esa poesía como de un acontecimiento que invita a redefinir el género. Su comentario nos ayuda a insistir en señalarla como ilustrativa de la autosustentabilidad de la que venimos hablando: una poesía construida durante más de 50 años, a espaldas de las necesidades del momento y de determinadas capillas y grupos de poder, enunciando lo justo y con las palabras justas. Sin faltas ni sobrantes, maximizando los recursos propios del idioma (sobre todo los del habla del lugar) y lejos del consumismo episódico (que a veces resulta) del “éxito”

II- Transformaciones -La pérdida del aura

Desde una perspectiva diacrónica, no cuesta demasiado demostrar de qué modo - especialmente en las últimas décadas- el arte, el pensamiento, la naturaleza, las relaciones entre los hombres se fueron transformando en mercancías. La lengua misma, por ejemplo a través de los procesos de embellecimiento de los discursos, traduccionismo, y de las operaciones tecno-informáticas; o de las operaciones de incautación, por parte de publicistas y videistas, de las poéticas de escritores y poetas, será alcanzada de lleno por esta dominante *condición mercantil* que acelera los consumos y la superproducción inherente. La palabra -aún en su forma pretendidamente incontaminada y preservadora del *aura*, es decir, en su forma de poesía- ingresa al sistema promoviendo el nuevo espectáculo de un amplio consumo: el *espectáculo verbal*, por decirlo con una caracterización propia de la “sociedad del espectáculo” -tan bien definida en su libro homónimo por Guy Débord (1995), y de plena vigencia - que a todo lo que toca impondrá su lógica.

El concepto de la poesía como una de las formas menos “contaminada” y más crítica del lenguaje, llegó a nuestra época de la mano de los ideales de algunos defensores calificados, según es el caso de Theodor Adorno y Max Horkheimer (por no mencionar, quizás porque ya pertenece a otra época, esa suerte de sacralización de la poesía que oportunamente decretara Heidegger, y que para muchos, a pesar del tiempo transcurrido, sigue teniendo peso).

Pero volviendo a los pensadores de la Escuela de Frankfurt. La señalada excepcionalidad de la poesía ya está presente como tema en obras como *Dialéctica de la Ilustración*, que articulando una estética normativa, distingue el arte auténtico del arte mercantilizado e ideológico, el cual se ha entregado a lo que los autores denominan la *industria cultural*. Allí, por ejemplo, se dice que la poesía tiene algún futuro, en tanto arte auténtico, en la medida en que, al modo del atonalismo musical, se enfrente negativamente contra cualquier forma de asimilación y consumo por parte de los mecanismos de lo establecido.

Cabe recordar que en la época en que se formulaban tales ideas (rescatadas aquí por tratarse del último intento sólidamente fundado de medir a la poesía y a las restantes artes desde una mirada integradora y sistemática), un artículo clave de uno de los pensadores más importantes y cercanos a la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamin -bien lo sabemos- será un aporte decisivo para el debate en cuestión, provocando -lo mismo que otros trabajos suyos, enriquecedores de esa línea de pensamiento- un sinnúmero de análisis y polémicas que no han perdido actualidad.

Es en aquél “profético” ensayo de los años 1934/35 (“La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”), en el que se apuntan varios de los *locus* aún vigentes en cuestiones de recepción estética y cultura visual, que W. Benjamin postula la categoría de *aura*, criticada por Adorno y Horkheimer -entre otros- por considerarla “mística”; aunque útil, sin embargo, en la medida en que permitirá explicar, satisfactoriamente para muchos, cómo funciona lo auténtico y único frente a lo mecánico y serializado.

Con relación al lenguaje³ y sobre todo por sostener su propia genealogía, o su memoria, y constituirse en el propio objeto de su mensaje, la palabra poética sería su *aura*; es decir, el aura del lenguaje. Desde tal línea argumental es difícil no considerar a la poesía como la palabra en estado (ecológico) puro: modelo de lo “no contaminado” y de lo autosustentable.

³ Conste que cuando hablamos de lenguaje nos referimos estrictamente al lenguaje verbal humano

Ello sería así porque lo propio de la palabra poética es, entre otras cosas, esa capacidad de interpelación, descrita metafóricamente por Benjamín, también con categorías visuales: “Quien es mirado o cree que es mirado levanta la vista. Experimentar el *aura* de un fenómeno significa dotarle de la capacidad de alzar la vista”(Benjamin 163);dicho lo cual Benjamin agrega, en una cita a pie de página que incluye un aforismo de Karl Kraus, el siguiente párrafo, que merece ser transcrito:

Esta enseñanza es el punto hontanar de la poesía. Cuando el hombre, el animal o lo inanimado, enseñados por el poeta, levantan la vista, la llevan hasta lejos; la mirada de esa naturaleza así despierta sueña y arrastra al poeta tras sus sueños. Las palabras pueden tener su aura. Karl Kraus lo ha descrito de este modo: “Cuanto más de cerca se mira a una palabra, tanto más lejos mira desde atrás ella” (Karl Kraus, *Pro domo et mundo*, Munich,1912:164)

Además, porque es en la poesía donde la palabra intenta recuperar su unicidad -su “ensamblamiento en el contexto de la tradición” y su carácter ritual -, intentando recordarnos al mismo tiempo cuál es “su primer y original valor útil” mediante la producción de imágenes *cultuales*, con las que sostiene su raigambre mágica y, a través de ello, la instauración de lo que Adorno y Horkheimer señalan como “un ciclo propio y cerrado en sí”(Adorno y Horkheimer, 33) ; que no es otra cosa que la posibilidad de llevar a cabo la experiencia -cada vez más rara en el nuevo mundo de la “reproductibilidad técnica”- del encuentro del lenguaje consigo mismo.

Sin embargo hay que señalar que la poesía, en tanto arte, no podrá sustraerse a la desaturación que a todo alcanza, por más que -al igual que otras artes- (la poesía) tome medidas para protegerse en su originalidad y autonomía: ya que la aparición del “arte por el arte” constituye un intento “teológico” -por decirlo con Benjamin- de independizar a la palabra de sus eventuales subordinaciones: especialmente respecto de la comunicación, que intenta apoderarse, a su vez, de cuanto encuentra a mano (al respecto Benjamin anota que, entre los poetas, será “Mallarmé el primero en alcanzar esa posición” autónoma).

El precio a pagar por esa autonomía, que encuentra sustento en las proclamas y la acción de lo que Raymond Williams denomina “grupos de rupturas”, como es el caso del *Sturm und drang*, o el grupo del *Salón des Refusés* francés (1868) (quienes declaran abiertamente preconizar un carácter que sea específico del arte) no es menor, especialmente en términos de aislamiento. Independizadas de servidumbres exteriores como las Cortes, la Iglesia o el Estado mecenas, también artes como la pintura y la literatura (y, por cierto, siempre dentro de ésta, la poesía) irán, en el orden interno, renunciando a la obligación de subordinarse a aquellas funciones, o bien ideológicas, sociales, anecdóticas o comunicacionales, que no les permitían encerrarse y trabajar en/desde sí mismas.

Muchas de las artes que intentaron sobrevivir adaptándose a los nuevos tiempos adoptaron estrategias en muchos casos riesgosas, inéditas, y en ocasiones obligatorias, pasando a formar parte menor de híbridos tecnologizados o mixes “multimedia”. Lo cierto es que la “reproductibilidad técnica” será un nuevo proceso histórico llegado para quedarse, encargado de promover y producir mercancías en una realidad en la que todo, para valer, debe ser mercantilizable⁴: según lo sabe muy bien -y lo padece- la ecología.

⁴ A propósito del tema -y más allá de las legítimas reservas sobre qué sea “la verdad”- Adela Cortina escribe: “Antaño las *obras de arte* aspiraban a revelar la verdad, hoy día aspiran a satisfacer los gustos de las masas. El artista, antes de lanzar su producto al mercado, sondea de un modo u otro la opinión del público. Si el producto fracasa es por defecto del sondeo, no porque el artista desee a toda costa representar la verdad por medio del arte. Es el mercado quien fija, en último término, el valor.”(Cortina 91)

La espectacularización

Con relación a los procesos de mixturización y/o adaptación, - por ejemplo como diálogo en el cine, como letra de canciones, o como *graffiti* en los muros de las ciudades.- en su ampliación de límites la palabra poética pasará a integrar una escenificación de mucho mayor protagonismo público, que pondrá en evidencia su necesidad de formar parte del espectáculo, especialmente para no perder la gravitación pública que tuvo en otros tiempos o -dicho más dramáticamente- para no perecer. Lo cierto es que el mundo mercantilizado de la división del trabajo no admitirá ya, en el arte, existencias autosuficientes y aisladas (como la del libro de poemas o, si habláramos de pintura, la obra de caballete); más allá de su presencia como una práctica arcaica más que residual: sin la gravitación social -repetimos- y el protagonismo de otras épocas (aquí se advierte la presencia del paradigma ecológico en tanto holístico)

Desde esta perspectiva de análisis y aceptada la lógica de la “espectacularización” en la denominada etapa del capitalismo tardío, que por cierto llega hasta nuestros días, y admitida asimismo la condición aurática de la palabra poética, corresponde preguntarse: ¿qué ofrece la nueva época en lugar de la ya imposible auratización?. Lo ofrecido -nos apresuramos en adelantarlo- no será otra cosa que una variante más de consumo intensivo; una clara demostración de su capacidad (la de la época) para producir todo aquello que aparezca en el horizonte de la demanda y, por supuesto, que pueda ser rápidamente (re) producido y vendido: tal la lógica del espectáculo; tal la mercancía “espectáculo”; tal el envoltorio “espectáculo”-, mediante el cual, por supuesto, hoy también se vende lo ecológico.

El espectáculo entonces -especialmente en los términos que lo describe e interpreta Débord (1995), cuya obra insignia no ha perdido vigencia para con en el tema - sería el esfuerzo de la época por dotar de un nuevo aura a lo que ella misma convirtió en mercancía.

La desacralización del poeta y el consecuente crecimiento de la idea de que todos podemos serlo; la apropiación (sin permiso del autor) de obras originales de otros con las cuales se arman “nuevas obras propias”⁵; la aparición de espacios como los Talleres literarios, surgidos para dar respuesta a una lógica demanda, nos permite comprobar la existencia de una tendencia definida en la sociedad a tomar parte, sin complejo alguno, de una práctica tradicionalmente considerada de élite, propia de unos pocos; aunque no con la dedicación excluyente propia de su tradición en la literatura, sino a modo de ingreso en un mundo inaccesible, pero del cual ahora se puede ser actor, animador de su “espectáculo”.

Por otra parte y con relación a la lógica de la espectacularización que aquí se analiza: estaríamos ante la franca presencia de unas nuevas condiciones que allanarían el camino de quienes, más que *ser*, se conforman (autoengañados o no) sólo con *parecer*. Aunque este no fuese su objetivo declarado, nosotros sostenemos aquí que los Talleres literarios también coadyuvan al cumplimiento de estos proyectos personales, fundados (aunque hay excepciones ciertamente) sólo en un “como si” (lo que nos reenvía a las ideas baudrillardianas de *simulacro* y de *look*)

Al igual que en la ecología, que hoy por ejemplo produce artificialmente “naturaleza salvaje”, como es el caso de las reservas o los parques nacionales, no sólo sería posible, entonces, producir

⁵ En marzo de este año la jueza federal de Manhattan, Deborah Batts, falló en contra del “intervencionista” Richard Prince, quien construyó toda su obra visualista agregando (pequeñas) modificaciones a creaciones de otros artistas. En desacuerdo con el fallo, y apoyándose en el “uso aceptable” de lo apropiado, Prince defiende lo suyo con el argumento de que lo que cuenta es que a la cosa usada se le agreguen valores que ayudan a que la sociedad se enriquezca culturalmente.

El conflicto, bien se sabe, es típico de la libertad de uso de los contenidos, por ejemplo, de Internet (y esto parece ser algo que recién comienza) Las derivaciones del nuevo estado de cosas son, ciertamente, imprevisibles. (cfr.: Randy Kennedy, “Un debate sobre la apropiación de creaciones de otro”; The New York Times, 07/01/2012, p.16.)

artificialmente *aura*: también ahora sería posible “producir” a quienes originariamente lo producían: los artistas, los poetas.

Si esto es así, más que dar cuenta de una amplia capacidad de adaptación de la poesía a los cambios que propone la época, los elementos aportados constituirían una demostración del inmenso poder de la época para apropiarse de cuanto ésta requiere para consumir su propio programa, su proyecto, que es básicamente un proyecto mercantil y definidamente consumista.

Maduraciones

Pero la poesía también debe responder a sus propias necesidades en cuanto al tiempo, sobre todo respecto de la aceleración de la época. Ella tiene un tiempo propio de crecimiento y maduración, proceso del cual forma parte el lector (en el sentido de adherir también al tiempo de lectura que demanda la poesía que -bien se sabe- es un tiempo “concentrado”, de profundización: diferente al de la lectura de información). Es por eso que -siempre hablando desde su paradigma tradicional de resistencia- la poesía, y su tiempo propio, no atienden las demandas del consumo como sucede, digamos *naturalmente*, con otras producciones escritas -entre las cuales el periodismo figura en primer lugar-, rango dentro del cual también encontramos cada vez mayor cantidad de novelas y ensayos.

En tren de ampliar posibilidades de pensar un poco más allá, metaforizando con el *crecimiento* y la *maduración*, podemos establecer una analogía entre las plantas y las palabras que crecen artificialmente, y las que lo hacen naturalmente; también podríamos hacerlo comparando las calidades de las que crecen abonadas artificialmente o en invernaderos y las que lo hacen en sus suelos naturales, incluyendo los trastornos que puedan ocasionarles eventuales perturbaciones propias de los ciclos de la naturaleza.

En la selva del lenguaje, cada nuevo concepto es también una planta nueva; originada, a su vez, por una nueva semilla: generalmente un nuevo hallazgo de la poesía.

Moverse en términos ecológicos, dentro de esa metafórica selva, es saber ocupar debidamente, con las palabras adecuadas en cuanto a fuerza, frescura, precisión, sentido, cada debido espacio. Por cierto, que ello implica una responsabilidad creciente y proporcional al crecimiento del *poder* que el hombre ha ido adquiriendo a medida que fue creciendo su control sobre la naturaleza, especialmente en base al manejo de desarrollos tecnológicos.

Aquí, en nuestro país y no hace mucho tiempo, en el plano de los cada vez más frecuentes discursos medioambientalistas, el antropólogo J. Auyero y su colega D. Swistun (2008) analizaban los mecanismos y las consecuencias de lo que ya adelantaba Baudrillard -a partir del aforismo del comienzo de la ponencia, y que nosotros transformamos en la pregunta: ¿ “Ya nada es ecológico”?- El detallado trabajo de campo y consiguiente análisis sobre el sufrimiento ambiental en Villa Inflamable (Villa montada sobre el relleno de un gran polo petroquímico, en Dock Sud, Gran Buenos Aires) da cuenta tanto de la complejidad cuanto de las contradicciones presentes en los discursos que cada sector elabora y que, una vez reunidos, producen lo que los investigadores terminan definiendo como un *discurso tóxico*.

Resumidamente, los mencionados autores nos dicen que (y esto es algo que se ha convertido en un *modus operandi* de la época) en la mayoría de los casos de injusticia y sufrimiento ambiental, los reales damnificados por los conflictos quedan, finalmente, no sólo neutralizados -sin una voz propia audible- sino más contaminados, aún, que si solamente se hubieran expuesto a los efectos bio físicos de su medio ambiente. Mediante el mecanismo del discurso argumentativo (se parte de la premisa de que en lugar de mostrar verdades sólo persigue convencer, según, bien lo sabemos, es lo que hace el discurso de la política) no solamente se trabaja rápidamente en el vaciado de conceptos y razones sólidas (por ejemplo hasta lograr que al interior de un discurso ambientalista todas las palabras pierdan significado y se conviertan en cáscaras vacías); logrando que lo malo aparezca como bueno

o, al menos, como algo inofensivo: algo que tranquilamente podemos incorporar al contexto ordinario de nuestras vidas.

Dentro de la complejidad que demanda un análisis de lo ecológico (especialmente en sus relaciones con lo discursivo) uno de los capítulos importantes sin dudas tiene que ver con los silencios y las omisiones.

A sabiendas de que lo ecológico inevitablemente contiene en su interior a lo negativo (como superación de lo no-ecológico o de lo residual, etcétera..) hay, en la mayoría de las argumentaciones corrientes, todo un juego de mentiras u ocultamientos de datos claves, eufemismos y diferimientos, como cuando se oculta que prácticas (“soluciones”) que en el corto plazo aparecen como limpias y saludables, en el mediano o largo plazo son, en realidad, contaminantes. Esta dinámica de atender lo urgente (lo urgente real o presentado como tal) a costa de lo importante, si bien es algo que estuvo siempre presente en la conducta humana, es el eje sobre el cual gira el *discurso tóxico* medioambientalista..

Es por ello que cabe, en este punto, introducir -aunque sea muy brevemente- algo de lo mucho que en esto tiene que ver la creciente intensidad de los cada vez más complejos desarrollos tecnocientíficos (omnipresentes en la vida humana actual) y sus derivaciones éticas

Hay -por ejemplo- reflexiones que no se pueden pasar por alto (especialmente porque el tema salud está en el centro de los intereses de la ecología) acerca de las relaciones entre *Técnica, medicina y ética*, por decirlo repitiendo el título del libro de Hans Jonas, traducido al español en 2005.

En su trabajo Jonas, comienza diciendo “(que) la técnica está sometida a consideraciones éticas se desprende del hecho de que la técnica es un ejercicio del *poder* humano, es decir, una forma de actuación, y toda actuación humana está expuesta a su examen moral” (33) En función de ello el autor plantea cinco tesis que postulan que la técnica moderna es un caso nuevo y especial y, por lo tanto, demanda también una reflexión y una respuesta (aunque más no sea tentativa) también nueva y especial. Trasladado a la poesía, podríamos decir que, en tanto arte de lo verbal que continúa siendo defendido por algunos como eximida de toda otra obligación que no sea su propia autorrealización (aunque en algún momento de la historia Adorno dijera que después de Auschwitz no cabía, ya, semejante pretensión) es válido preguntarse si no la alcanza también una similar ética de la responsabilidad. ¿O es que el poeta, contando con mayores talentos en el uso de la palabra, por alguna razón especial tiene el privilegio de no ser evaluado **por el abuso de la palabra?**

Con relación a lo planteado en su trabajo por Jonas, ofrecemos un breve resumen de las que consideramos como las más importantes de las cinco hipótesis planteadas. La primera se refiere a la ambivalencia de los efectos, lo cual, en breve síntesis implica que, si bien en general “..toda capacidad “como tal” o “en sí” es buena, y sólo se vuelve mala *por el abuso de ella* (como cuando se dice que es muy bueno tener el uso de la palabra, pero malo emplearlo para engañar a otros)”, tener la capacidad, y aún aumentarla, no es algo malo: lo malo es abusar de ella. Eso queda claro. Pero “¿qué ocurre cuando nos movemos en un contexto en el que cualquier uso de la capacidad a gran escala, por muy buena que sea la intención con que se acomete, lleva consigo una orientación con efectos crecientes en última instancia malos, que están inseparablemente unidos a los “buenos” efectos perseguidos..?” Aquí el autor nos dice que, si tal es el caso de la técnica moderna (como se supone que lo es, para lo cual basta observar a nuestro alrededor el deterioro ecológico) el problema es que entonces su uso moral o inmoral no pasa ya por la distinción de que algo sea bueno en la pequeña escala de lo autoevidente y del “aquí y ahora”. Aún el éxito en el corto plazo generalmente implica un fracaso en el largo plazo. Aquí vemos cómo el avance de lo “bueno”, termina favoreciendo lo dañino. Por lo tanto, termina diciendo Jonas, “Una apropiada ética de la técnica tiene que entender esta multivalencia interior de la

acción técnica” (34) Cuesta, respecto del uso y circulación del lenguaje, no trasladar el ejemplo al plano de la actualidad de los medios de comunicación y los casos de “polución lingüística-informativa” (aunque, en otros términos, acontezca lo mismo entre quienes escriben poesía: tanto la decadente cuanto la experimental)

Lo cierto es que el desmesurado avance de la *técnica*, y el consiguiente desmesurado aumento del *poder* de quien la maneja, harán que, también necesariamente, haya un lógico aumento de la *responsabilidad*. Dice Jonas: “El hecho de que ésta (la responsabilidad) ocupe como nunca antes el centro del escenario inaugura un nuevo capítulo en la historia de la ética que refleja las nuevas magnitudes del poder que la ética tiene que tener en cuenta desde ahora. Las exigencias a la responsabilidad crecen proporcionalmente a los actos del *poder*”(35)

De acuerdo con lo dicho hasta aquí, evidentemente se va rompiendo el antropocentrismo de la mayoría de los sistemas éticos anteriores, y lo científico-técnico-occidental pasa a ocupar el lugar de una nueva iglesia (dueña de una nueva verdad absoluta: la de la ciencia) y a justificar la ética del *no-mal*, que es la ética de los que pretenden imponerle a todos los individuos un Bien supuestamente universal.

Al engrandecer la técnica su poder hasta el punto de volverse peligrosa, no ya sólo para el hombre, sino para el resto de “las cosas vivas” (léase “la vida”) la responsabilidad del hombre se extiende de tal manera que, por primera vez, tiene alcance cósmico: la aparición de una ética medioambiental en los últimos años da prueba de ello.

Resumiendo. El dilema, para Jonas, es que “Mientras el mal hermano Caín -la bomba- yace encadenado en su cueva, el buen hermano Abel -el pacífico reactor- sigue sin dramatismo depositando su veneno para futuros milenios”(36) Sabemos, además, que el “progreso” desplegado por occidente no admite dar marcha atrás. La humanidad (que se ha vuelto tan numerosa por “virtud” de la técnica) sólo puede caminar hacia delante, y no puede esperar sino de la misma técnica una solución a sus problemas: pero los supuestos beneficios parecieran ser las verdaderas causas de los males (especialmente de los futuros males), por lo que la última esperanza no sería otra que la sabia administración que el hombre podría hacer de lo técnico. Siempre -claro está- que sea capaz de no dejarse manejar por la máquina y, por lo tanto, de recuperar algo de todo lo que él mismo ha puesto en la técnica, dentro de lo cual lo humano-poético-reflexivo-comunicativo (cuyo centro es lo verbal) no solamente no es lo menor, sino que es lo único que no puede (ni debería, en caso de poder desarrollar alguna de esas funciones) ser enteramente producido ni administrado por la técnica.

Si detrás de esto opera una ética de la responsabilidad -según lo reclama imperiosamente lo ya señalado, especialmente respecto del arma de doble filo que representa el desmesurado poder de la técnica- ella debe estar firmemente apoyada, no solamente en las capacidades *éticas*, sino también en las capacidades *estéticas* del hombre: tanto de parte de quien las ofrece como “poder”, como de quien las recibirá en forma de gratificación o terapia. Es el momento de preguntarse: ¿ será todavía posible que la poesía ocupe -como alguna vez lo hizo- el papel de visionaria anticipadora, y con ello la tan necesaria función (terapéutica) lingüístico-ecológica que aquí se postula?

(in) conclusiones

El panorama desplegado, según se advierte, es complejo. Este trabajo no pretende ser otra cosa que una pequeña hendija hacia tan vasta complejidad.

Intentar un resumen final impone seleccionar sólo una breve porción de tal amplitud panorámica. Y de entre ello señalar -por ejemplo- que la degradación ya aparece como consustancial al sistema-mundo de lo ambiental.

Por otra parte, reconocer que nuestras clásicas categorías y modos cognitivos usuales (global/local; humano/inhumano; naturaleza/cultura) ya resultan insuficientes para comprender esto que nos rodea y que recientemente algunos autores, -Josefina Ludmer (2010) por ejemplo- no vacilan en denominar “*realidadficción*”. El campo de la poesía, de la creación verbal, por lo tanto, tendría mucho para aportar al respecto; por supuesto, sin que sea “función” del poeta ponerse a trabajar con tales objetivos. En cambio, quien tiene que mirar hacia el lenguaje -como en el caso de los biólogos que se inspiraron en el concepto de código lingüístico para entender y poder definir correctamente el ADN- es el científico “duro”, el que carece, no sólo de la inventiva terminológica adecuada para lo nuevo, sino de su dinámica (la del lenguaje, la de la poesía) interna.

Por el lado de los poderes públicos hay en marcha un proceso de *normativización* (y normalización: institucional, social, etcétera), claramente hegemónico; que funciona como legitimador de una gran voz “ecologista” que, levantando banderas de grandes luchas (imposibles o a muy largo plazo, como la de la energía atómica) acalla los reclamos -estos sí pasibles de ser llevados a cabo- sobre lo próximo e inmediato (casos como las aguas servidas que corren por las calles de la ciudad, los basurales, la megaminería, los combustibles tóxicos del automovilismo, el tabaquismo, etc...). La capacidad y potencia crítica que debiera tener ante el consumismo y la producción de basura el ecologismo, se pierde y desvirtúa en el entramado de discursos que terminan naturalizando (por lo tanto *invisibilizando*, que es la más dañina de las formas tóxicas) las diferentes formas de contaminación: transformándose, el mismo *mix* discursivo, en el peor agente de degradación (en el cual se mezclan términos pseudo científicos con datos y estadísticas parciales o amañadas, y retóricas enfáticas, demagógicas, eufemistas, etc...)⁶

Ello hace que las categorías de lo ecológico no pueden ser pensadas sólo teóricamente (o científicamente si se prefiere) sino políticamente. Lo cual autoriza a afirmar, por ejemplo, que en un sistema capitalista-liberal de consumo acelerado, como es el que usufructuamos, las acciones ambientalistas sobre los cambios que haría falta realizar, serán mera retórica simbólica y a futuro: si produjéramos algunos pocos de los cambios necesarios para mejorar las condiciones ambientales, directamente pondríamos en serio riesgo muchas de las actividades de las cuales vivimos diariamente, directa o indirectamente (la fabricación de automóviles, la producción y empleo de agroquímicos, las prácticas transgénicas, etcétera: todo lo cual es usado por los gobiernos como bienvenidos indicadores de “crecimiento”)

En su libro *Ecología y poder*, Beatriz Santamarina Campos dice del *desarrollo sostenible* que: “..bajo su formulación encontramos un vacío de significado que permite toda suerte de interpretaciones, lo que garantiza su consenso y desactiva su posible puesta en práctica” (76). Pregunto especialmente a quienes nos dedicamos a las letras: ¿no suena lo anterior como si estuviésemos hablando de poesía? Finaliza la autora española: “Las propias instancias políticas lo presentan (al desarrollo sostenible) sin definirlo, como si su mero enunciado fuera suficiente para entender su contenido. Lo que

⁶ El fenómeno se hace presente en diferentes campos. Por ejemplo con relación a la apropiación monopólica del conocimiento científico, el Premio Nóbel de física Robert Laughlin en su libro reciente, *Crímenes de la razón* (Katz, Bs. As., 2010) sostiene que, debido a que el acceso universal al conocimiento es incompatible con el mercado, la tecnología se usa para ocultarlo, especialmente mediante sofismas que, mientras aseguran que Internet es para todos, en realidad, ocultan que la red les brinda la coartada necesaria para esconder los detalles centrales que permiten llegar a lo que es realmente valioso: “La desaparición de pequeños detalles es muy relevante para restringir el acceso a la información, porque es precisamente en esos detalles donde radica su valor técnico” dice el autor (p.28) Al igual que en la globalización, la aparente democratización de la tecnología y el conocimiento, en realidad, se usa para ampliar (y legitimar) las desigualdades.

denominamos *lo evidente por sí mismo* (lo que habla por sí solo) funciona como un claro mecanismo de legitimación (Williams 1980; Comaroff 1991)” (2006)

Seguramente, gran parte de lo dicho es lo que ha generado la necesidad de que no solamente la ecología y la poesía, sino la política, la economía y la mayoría de los saberes y prácticas centrales de nuestro actual “mundo de la vida” están atravesados por (al menos) una doble verdad: la que se institucionaliza y normativiza, dirigida al público en general (en realidad habría que decir: “los públicos”, incluyendo entre ellos a usuarios y/o consumidores) y la *verdad* que manejan los especialistas. Es esta última verdad (la de que lo ecológico es incompatible con el consumismo liberal; o que la poesía es incompatible con cualquier práctica verbal masiva) la que queda oculta por las mismas versiones públicas, democráticas y naturalizadas. Como dice Laughlin en la última cita a pie de página de este trabajo: “La desaparición de pequeños detalles es muy relevante para restringir el acceso a la información, porque es precisamente en esos pequeños detalles donde radica su valor”; a lo que me permito agregar: donde radica la verdadera capacidad de manejo y decisión que hoy permite cambiar **realmente** las cosas.

Los grandes paradigmas de época (esas lentes coloreadas que tiñen todo lo que vemos: en forma de *organismo o estructura o caos o ecología...*), si bien son modelos explicativos demasiado imprecisos -entre otras cosas porque su amplitud panorámica sobrepasa a teorías y leyes- tienen la ventaja de permitirnos visualizar alguna identidad común allí donde parecería imposible encontrarla. El hecho de que hoy haya *ecopoesía, ecopolítica, ecoeconomía*, etcétera, nos está hablando también de la emergencia de tal nuevo paradigma. Las posibilidades de establecer algún diálogo entre, no ya las cosas diferentes sino las “verdades” diferentes, es la ardua tarea a llevar a cabo por parte de las ciencias del lenguaje

Alguien podrá decir razonablemente que el imperio actual de la multiplicidad de verdades es debido a que, en el orden de los saberes, seguimos siendo víctimas de esas “dos culturas” irreconciliables que, cada vez con más fuerza, dividen a los saberes en *nomotéticos* (deudores de la física newtoniana) e *ideográficos* (los derivados de la filosofía, que en la antigua Grecia contenía en sí a ambos paradigmas hoy en pugna). Volver ecológicamente (*poéticamente*, o creativamente si se prefiere) a las fuentes y reservas del lenguaje, quizás sea la única posibilidad de articular un diálogo (esto es, en rigor, lo interdisciplinario) que nos permita superar la tóxica condición: que ya no solamente nos amenaza, sino que nos está contaminando velozmente.

Bibliografía

Adorno, T. (1970), *Teoría estética*. Madrid: Alianza Editorial.

_____ (1987) *Mínima Moralía*. España: Taurus, 1987

_____ (1962) *Notas de Literatura*. Barcelona: Ariel.

Adorno, T. y Horkheimer, M. (1987) *Dialéctica del iluminismo*.

Buenos Aires: Sudamericana

Auyero, J. y Swistun, D. (2008). *Imflamable, estudio del sufrimiento ambiental*.

Buenos Aires: Paidós.

Baudrillard, J. (1995) *Crítica de la economía política del signo*. México:

Siglo XXI.

_____ (1997) *El sistema de los Objetos*. México: Siglo XXI.

_____ (1991) *La Transparencia del mal* Barcelona: Anagrama.

Benjamin, W. (1973) *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus.

Comaroff, J. (1991) *Of revelation and revolution*. Chicago: University of Chicago Press,

Crystal, D. (2005) *La revolución del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.

Debord, G. (1987) *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: Gedisa.

Escudero, J.L. (2011) *Poesía completa*. Buenos Aires: Ediciones en Danza.
Laughlin, B. (2010) *Crímenes de la razón*. Buenos Aires: Katz.
Santamarina Campos, B. (2006) *Ecología y poder*. Madrid: Catarata.